

SARTRE, INTELECTUAL Y HOM

En nombre de los principios que ella me había inculcado, en nombre de su humanismo y sus "humanidades", en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad, llegué a sentir hacia la burguesía un odio que me durará mientras viva.

(Sartre: «Merleau Ponty vivants».)

El «hecho Sartre»

Desde «...es lo mismo emborracharse a solas que conducir pueblos», hasta «Es preciso, primero, que todos los hombres puedan llegar a ser hombres por la mejora de sus condiciones de existencia; luego se podrá elaborar una moral universal. Lo que importa, ante todo, es la liberación del hombre», han transcurrido veinte años: ambas formulaciones nos servirán de límites para aprehender y tratar de definir el «hecho Sartre». Un hecho que desborda las fronteras de la literatura, que se escapa al encasillamiento del erudito o del crítico habituados a comparar y valorar en la estrecha perspectiva abierta por su propósito de cifrar la obra de un escritor. Porque Jean Paul Sartre no responde a la noción de «escritor» que circula entre nosotros. De ahí, acaso, el estupor que ha causado su renuncia al Nobel. Ni como escritor puro, ni como pensador, ni como sociólogo, ni como político, admite J. P. S. una cómoda clasificación: al asumir a la vez todos estos modos de actuación sobre su realidad y cultivar cada uno de ellos con un talento, una brillantez y una eficacia sin par en esta época, se evade a los esquemas y valoraciones convencionales.

No son caprichosas las referencias de nuestro arranque: la primera pertenece a «El ser y la nada» y con ella se viene a cerrar el prólogo del itinerario público sartreano, al mismo tiempo que apunta hacia una estoica «moral de la libertad» que no llegará a cuajar enteramente. La segunda constituye una de las respuestas de la entrevista que con él sostuvo Jacqueline Piatier la primavera pasada, y en ella se expresan las renunciaciones del autor a la vez que sus más sólidas certidumbres actuales. La entrevista ha abierto una apasionante discusión, que aún continúa.

Al plantearnos el problema de clarificar —modestamente y bajo todos los condicionamientos sabidos— en tan breve espacio la compleja obra sartreana, se impone el desarrollo de la única operación posible sobre estos supuestos: la situación y descripción de los hechos más significativos de su actividad pública. La ha venido presidiendo un signo que nos sirve de orientación: la actitud enunciada en la cita que encabeza estas líneas. Ella nos vuelve transparente su obra.

El estallido humanista

Nacido en París en 1905, hijo de un marino y nieto de un profesor, la infancia y la juventud de J. P. S. no difieren de las de cualquier otro miembro de la pequeña burguesía francesa del tiempo. Del liceo de St. Rochelle pasa al «Enrique IV», y de éste a la Escuela Normal Superior, donde emprende estudios de Filosofía, que lo conducirán primero a Alemania y, finalmente, a una cátedra en Le Havre, y luego en París.

En los últimos años veinte vive las turbulencias intelectuales de la capital. Está en boga el surrealismo, asientan los fascismos, es la época

de «La gran depresión». Recordando aquel tiempo escribiría mucho después: «Nuestro humanismo optimista estallaba, porque adivinábamos, alrededor de nuestra ciudad, a la inmensa multitud de los «subhombres conscientes de su subhumanidad»; pero nuestra forma de sentir este estallido era todavía idealista».

Mil novecientos treinta y siete. Aparecen en la N. R. F. sus primeros relatos, luego reunidos bajo el título de uno de ellos, «El muro», un episodio centrado en la guerra española. Más tarde, en «Gallimard», «La náusea», encarnación novelística de una filosofía en trance de maduración, donde ya están presentes su aspiración a construir una moral sobre la contingencia y la libertad, su implacable sátira antiburguesa —los «salauds»—, su concepción de la «mala fe», su metafísica, aún no formulada técnicamente.

Movilizado al llegar la guerra, cae prisionero en 1940 y logra evadirse en 1941. Regresa al París ocupado, donde ejerce la docencia y trabaja en «El ser y la nada». Su terminología «heideggeriana» lo enmascarará ante los nazis. Este voluminoso tratado filosófico y el estreno de «Las moscas», en 1943, marcan el comienzo de su celebridad.

El existencialismo

París es la «República del silencio». La derrota ha producido profundas grietas en las estructuras francesas. La Resistencia va a crear una situación nueva, definida por una comunidad de propósitos revolucionarios, porque las viejas clases dominantes han «colaborado» y de este modo el patriotismo ha adquirido un sentido de renovación total. Intelectuales de diversas tendencias se sienten próximos. Sartre ingresa en el grupo clandestino «Socialismo y libertad», donde se encuentra de nuevo con Merleau Ponty, un compañero de instituto. Juntos se batirán durante largos años en muy distintos frentes.

Sartre escribe sin tregua: tras «Las moscas» estrena «Huis clos», donde su subjetivismo alcanza la expresión más radical —«El infierno son los otros»—, poniendo al servicio de la encarnación de un problema filosófico un talento dramático indiscutible.

La liberación. La tensión entre el intelectual y el hombre de acción va a llegar a su límite. Comienza a salir su novela-río «Los caminos de la libertad», que nunca llevará a su término. El segundo tomo, «El aplazamiento», un reflejo de la electrizada atmósfera de los días de Munich, presente un brillante compendio de las conquistas estilísticas del siglo. En «La edad de la razón» y «La muerte en el alma» están todas las obsesiones, todas las ilusiones y las frustraciones del hombre Sartre: la nostalgia de la disciplina de partido, el odio al dogmatismo empobrecido, los problemas de la asunción de la libertad, de la condición humana, de la «viscosidad» de la existencia, de la «mala fe», puestos de pie por per-

sonajes antihéroes; Delarue, Daniel, Brunet, Gómez, Schneider, no son mitos, viven la ambigüedad de su libertad y todos los conflictos morales de los acontecimientos del tiempo: Munich, la guerra de España, el pacto germanosoviético, la derrota...

Sartre no quiere renunciar a los sueños acariaciados en la Resistencia: irá hacia el gran público con su filosofía, con su teatro, con su cine —escribe dos guiones, «La suerte está echada» y «El engranaje»—, con su palabra. Es el autor de moda. Estrena «Muertos sin sepultura», «Las manos sucias», «La mujerzuela respetuosa». Sobre la escena, la angustia de la elección, del «estamos condenados a ser libres», de las contradicciones entre la política y la moral individual. Nace el «existencialismo». Son días y noches de fiebre: la «Intelligentzia» baja a la calle, toma café en «Deux Magots» o en el «Flore», hace tertulia en «Tabou», donde canta una muchacha desenfadada que acaba de revelarse. Se llama Juliette Gréco. Camus, Sartre, Simone de Beauvoir —compañera inseparable del escritor desde su juventud—, Rousset, Merleau; el «existencialismo» es ya más que una filosofía, es una moral, una política, una literatura, hasta un psicoanálisis, y, finalmente, una moda. La bohemia dorada de St. Germain des Prés encuentra en ella su coartada. Sartre habla en el Club Maintenant para aclarar ante la mayoría sus tesis e inicia con los filósofos comunistas oficiales o no —Naville, Lefevre, Hervé, Garaudy—, un diálogo terco, casi siempre áspero, violento, cien veces roto y otras tantas reanudado. A partir de aquí la historia de Sartre será, ya para siempre, la historia de este diálogo.

La política

Los intelectuales «hemos caído fuera de la Historia y hablamos en el desierto». Sartre funda «Les temps modernes» y explica su literatura —no su estética, sino su «moral literaria»—; el escritor debe «comprometerse», «desdenar la posteridad» y «abrazarse a la época aun a riesgo de morir con ella». «Es de esperar que toda la literatura se haga moral...» En «Situations», una serie de libros de diversa temática, va definiendo sus posiciones.

Y crea un partido político, el «Rassemblement Democratique Revolutionnaire», que preconiza un socialismo democrático e intenta el deshielo de la izquierda. Esta, sin embargo, le mira con desconfianza, y desde la derecha se le observa con rencor. No tiene electores. Ha comenzado la guerra fría, la extrema izquierda se endurece, la derecha unifica un vasto complejo de fuerzas. Revolución en Praga. Ni siquiera los intelectuales respaldan ya al R. D. R. En 1949 el partido es liquidado.

Se abre el tiempo de la polémica en el seno de la «intelligentzia» francesa. Los «mandarines» discuten con calor, revisan posiciones, vacilan; viven en perpetuo conflicto consigo mismos y con los demás. Simone de Beauvoir nos ha dado una vigorosa imagen de estos años. Corea, el maccartismo, Vietnam... los acontecimientos desintegran el grupo: Camus publica «El hombre rebelde», proclama el «alejamiento de los furiosos adolescentes de la época» y se atrincheira en un individualismo orgulloso. Merleau Ponty se aparta definitivamente.

Mil novecientos cincuenta y dos. La noticia está

BRE DE ACCION



Sartre ha declarado: «El escritor no debe dejarse transformar en institución. Lo mismo rechazaría el Premio Lenin si se me ofreciera». Sartre opina que el Nobel puede ser convertido objetivamente, aun sin serlo, en un premio del bloque occidental. Durante la guerra de Argelia lo hubiera aceptado, «porque honraría también a la libertad por la que luchaba».

a Kruschef, obteniendo con ello, implícitamente, algo así como un respaldo oficial para sus tesis.

Roma es otra de sus frecuentes metas. Se le recibe siempre bien en el Instituto Gramsci (hace pocas semanas intervino en el coloquio «Moral y sociedad»).

Pero no ha abandonado totalmente su actividad literaria. En estos años ha estrenado una farsa política, «Nekrassof», sátira contra «Le Figaro»; un drama, «Los secuestrados de Altona», y, antes, en uno de los primeros años cincuenta, «El diablo y el buen Dios». Publica un ensayo sobre Baudelaire y otro sobre Genet. (Actualmente prepara un estudio sobre Flaubert.) Y «Las palabras», el despiadado relato de su infancia...

Radical e intransigente

Los escritores del «Nouveau roman» han criticado con vigor sus últimas posiciones ante el hecho literario. Son posiciones extremas. Para él, el escritor debe renunciar momentáneamente a la literatura con el fin de contribuir a la educación del pueblo, o bien plantear los problemas de la manera «más radical e intransigente».

«¿Qué significa la literatura en un mundo que tiene hambre? —le decía a Jacqueline Platier en abril—. La literatura, como la moral, tiene que ser universal. El escritor debe colocarse al lado del mayor número, de los dos mil millones de hambrientos. Si no hace esto se pondrá al servicio de una clase privilegiada y será explotador como ella.» Esta es, otra vez, una posición moral y no estética. No se vea, pues, en Sartre a un «populista». «No somos escritores por haber decidido decir ciertas cosas, sino por decir las de cierta manera», escribió en otra ocasión. Sin embargo, alienta en él un escepticismo bien definido: «He visto morir de hambre a niños —escribe ahora—. Ante un niño que muere, «La náusea» no tiene ningún peso». La literatura, para él, ha dejado de ser «algo sagrado». Se puede ser intelectual y hombre de acción.

Nadie como Jean Paul Sartre vive tan conscientemente las contradicciones de su clase, las de su época. Situado en el centro del conflicto entre dos culturas —perteneciendo a la occidental e inclinándose hacia la socialista—, nadie ha sabido analizarlo con tanta lucidez como él, con tanta independencia, con tanta originalidad.

EDUARDO G. RICO
(Foto EUROFOTO)

en todos los periódicos de París, siempre atentos a las evoluciones de sus intelectuales: Sartre y Camus se han enfrentado, con acritud, con aspereza, casi con crueldad. Sartre se ha lanzado con su dialéctica torrencial, abrumadora, sobre el conservadurismo del «pensamiento del mediodía». Una larga amistad se ha roto para siempre.

Sartre y Simone de Beauvoir se han quedado solos. El equipo de «Les temps modernes» se ha renovado con firmas juveniles. Sartre se entrega de lleno a la política. Su programa es el de siempre: llevar hasta las últimas consecuencias la Revolución francesa del 89. Su presencia en el Congreso de Viena y su trabajo «Los comunistas y la paz» inauguran otra fase de sus relaciones con los marxistas, aunque conserva siempre una clara distancia ideológica. Sartre viaja a Moscú y a Pekín, entra en contacto con la cultura del Este, defiende un mayor intercambio, un superior espíritu crítico. Presenta su interpretación del marxismo, a partir de los «manuscritos económico-filosóficos» del joven Marx, una obra mal vista entonces, y de su noción de la alienación.

Argelia

Guerra en Argelia. El grupo Sartre figura en la primera línea: artículos, manifiestos, labor clandestina. «Les temps modernes» es casi un centro de conspiración. Se produce el «affaire Jeanson». Es un íntimo colaborador de Sartre, el mismo que abrió el frente contra Camus. Se le ha confiado una tarea delicada: es uno de los responsables del F. L. N. en Francia. Descubierta, tendrá que exiliarse. Los acontecimientos se precipitan: se publica el «Manifiesto de los 121». Antes, Henri Alleg, un periodista de «Alger Republicaine», ha sido sometido a increíbles torturas por los paracaidistas. Liberado, escribe un libro, «La Question» —donde relata su experiencia—, prohibido en seguida en Francia. Pronto será «best-seller» en Inglaterra y se venderá en las trastiendas de todas las librerías de París. Es un testimonio penetrante, estremecedor. Lo lanza, con un prólogo emocionado, Jean Paul Sartre. Más tarde lanzará también a Fanon, otro argelino, el de «Los condenados de la tierra». La O. A. S. le pagará estos servicios volando su casa con un plástico.

Budapest. Otra crisis grave en la trayectoria sartriana. Desde las páginas de «L'Express», Jean Paul Sartre censura, recrimina, pide explicaciones, se niega a aceptar las versiones oficiales de los hechos y de sus causas.

Pese a todo, su relación con el Este no sufre interrupción. La discusión se plantea ahora en el terreno filosófico y sociológico, primero en «Cuestiones de Métodos», ampliado luego en «Crítica de la Razón Dialéctica», un intento de integrar el existencialismo en el marxismo y un ataque al esquematismo de los análisis al uso y al mecanicismo simplificador.

Agosto de 1963. Vigorelli convoca el congreso anual de la Comunidad Europea de Escritores, en Leningrado. Sartre —que anteriormente había sido elegido presidente y había rechazado el cargo— tendrá una decisiva intervención. Su voz se escuchará con apasionado interés en todo el mundo socialista. Sartre defiende la coexistencia cultural Este-Oeste, la desmilitarización del escritor, la competición pacífica y el intercambio fecundo. Los viejos «duros» presentes en el Congreso le oyen con desconfianza; los más jóvenes, como a un oráculo. El y Simone de Beauvoir visitarán